

cedora sustentaban la causa de la regencia única con la pluma; pero los pocos que lo hacían eran ayudados por amaños poderosos, y por el convencimiento de que el interés de su partido le dictaba ponerse bajo el amparo de un brazo fuerte, por mas que aconsejasen lo contrario sus doctrinas. Al revés, los escritores moderados convenían en que la regencia no debía ser de muchos; pero procuraban enzarzar á sus adversarios en una guerra intestina, opinando que los suyos, y particularmente los senadores de su opinion, debían mantenerse ajenos á aquella contienda. Así servían en cierto modo á la causa de Espartero sus mas acérrimos enemigos, creyendo que para defender la monarquía era necesario sustentar que la autoridad real solo podía ser ejercida por una sola persona; error grave, pues bien podían haber considerado que la índole del gobierno monárquico exige que haya grande diferencia entre la familia de los príncipes y los súbditos mas calificados; que en esta diferencia estriba una de las seguridades de semejante gobierno contra la ambición de los personajes de mas poder; que por esto en varias naciones habían sido consejos de regencia, y no regentes, los que habían suplido la falta de los reyes imposibilitados de ejercer su autoridad, y que de esto mismo daba España un ejemplo en época nada remota, cuando, durante la guerra de la independencia, y aun antes de existir la Constitución, ó de haberse congregado las primeras cortes, fué la nación gobernada por regentes varios, formando un solo cuerpo, entendiéndose que si una persona sola hubiese de estar revestida de la potestad real, se seguiría como condicion indispensable para elevarla á tanta altura que fuese de la regia estirpe. Exasperados en la disputa los de encontrados pareceres, creíase que iba á nacer desunion entre los que poco antes habían vencido juntos al comun contrario; pero tuvieron la cordura los que así discordaban en opinion de no tratarse todavía como enemigos, aunque votasen opuestos en la grave cuestion de la regencia. Quedaba, sin embargo, dudoso quiénes triunfarían entre los que estaban por la regencia compuesta de varios, y los que la querían de solo Espartero. En estas dudas el general dió un paso atrevido, en el cual mostró su resolucion de no encubrir sus proyectos ambiciosos; paso que le habria sido fatal, si los que hacían gala de ser liberales extremados, obrando fieles á sus doctrinas, hubiesen opuesto vigorosa resistencia al deseo de dominacion de aquel soldado soberbio. Valiéndose el duque de la Victoria de Linage, que, no siendo ya su secretario, habia dejado de ser el conducto competente para dar al público sus pensamientos, hizo saber que no aceptaría un puesto en un consejo de regencia, y que de no ser nombrado regente, se recogería á un retiro, pensando que ya la patria no habia menester sus servicios como político ó como guerrero. Dió mucho cuidado tanta humildad, parecida á la que habia demostrado en Barcelona, y no sin motivo se tuvo la modesta determinacion por amenaza, entendiéndose que se contaba con que el ejército no dejaría á su general volver á la vida privada, despues de haber ayudado á encumbrarle hasta la vecindad del sόlio, aun con ofensa de la misma princesa regente y madre de Isabel II. Así el miedo trajo á aprobar la regencia única á no pocos, re-